

La formación del Estado moderno y la teoría de la civilización: un enfoque comparativo del pensamiento de Sarmiento y Fukuzawa

Por *Marta E. Pena* DE MATSUSHITA*

Introducción

AL INTENTAR UN ANÁLISIS COMPARATIVO del pensamiento de Domingo F. Sarmiento y Yukichi Fukuzawa, figuras señeras en el proceso de modernización de sus respectivos países, viene a la memoria lo que Alberto Palcos observaba al hablar del pensador argentino, en el sentido de que para justipreciar sus ideales y su acción, “hay que restablecer la atmósfera en que se movió, ubicarlo en su medio y en su hora”. Esto implica verlos y explicarlos, al menos en parte, como miembros de una generación política que parecía haber llegado, o estaba por llegar, al límite de sus posibilidades. En la Argentina de Rosas y el Japón de los últimos tiempos del shogunato de Tokugawa, pujaba por entrar en la escena cultural y política una generación joven, poseída por un sentido de crisis y convencida de que no había lugar para opciones intermedias. Tanto los hombres de la generación de 1837 como los de Meirokusha, grupo al que Fukuzawa perteneció, estaban confiados en su bagaje ideológico, que desautorizaba las ideas hasta entonces vigentes (Vickers, II). Expuestos al influjo de las nuevas corrientes del pensamiento europeo, como la teoría del progreso, la filosofía de la historia al estilo de Guizot, el pensamiento liberal y las ideas positivistas, nuestros pensadores estaban movidos por el convencimiento de la incompatibilidad del progreso con el espíritu tradicional y de que la existencia misma de la nación dependía de apostar, y triunfar en la apuesta, por la causa del progreso y la civilización. Dos personalidades tan vigorosas como las de Sarmiento y Fukuzawa no podían dejar de sentirse llamadas a realizar un papel decisivo en el proceso de cambio propuesto, en especial en la tarea de superar definitivamente el pasado, modelando un país unido y con voluntad de progreso.

Para llevar a cabo la tarea, se podía echar mano de una rica imagería ideológica, pero nada como el concepto de “civilización” por su enorme poder movilizador y su posibilidad de ser instrumentado

* Universidad de Doshisha, Kyoto, Japón. E-mail: <Mahiroma@aol.com>.

como fuente de legitimación del poder y de iniciativas políticas, sociales, culturales y económicas, además de presentarse como un instrumento conceptual en virtud del cual se podía juzgar y de hecho se juzgaba. Desde mediados del siglo XIX en adelante, época que constituye el escenario histórico de nuestros dos pensadores, la idea de civilización quedó configurada con tres funciones básicas: una invectiva política contra el adversario al que se imponía destruir para realizar la causa de la civilización, un mecanismo legitimador del poder de la burguesía y una representación de lo social y nacional, levantando el fantasma de enemigo que amenaza no sólo el progreso, sino la existencia misma de la nación. Mientras en Argentina la amenaza venía de la barbarie interior, según el diagnóstico que nos legó Sarmiento, en Japón se presentó como la amenaza que Occidente planteaba. Desde esta perspectiva, Sarmiento y Fukuzawa abordaron la temática de la civilización en sus respectivas sociedades.

1. *Hacia una teoría de la civilización*

COMO es bien sabido, Sarmiento formuló su plan civilizatorio en el *Facundo* (1845), aunque su lectura debe ser obligadamente completada por los *Viajes* (1847), dado que la experiencia europea y norteamericana reconfirmó en algunos aspectos la visión elaborada por su autor desde el escenario americano, y en otros generó retoques de importancia manifiesta. Fukuzawa, por su parte, se refirió en forma orgánica al tema en su famoso *Bunmeiron no Gairyaku* (*Lineamientos de una teoría de la civilización*) de 1875, aunque 3 años antes había adelantado algunos conceptos de significación en su *Gakumon no susume* (*Invitación al conocimiento*), dada a conocer en forma de 17 panfletos que más tarde se convirtieron en libro.

Tanto Sarmiento como Fukuzawa encararon el tema de la civilización con un intento de explicar el pasado, diagnosticar el presente y presentar un plan de acción tendido como un puente hacia el futuro. Para ambos, la teoría de la civilización servía en ese particular momento histórico, se justificaba por la necesidad suprema de lograr el progreso y aún más, de resolver el problema básico de la identidad. Ambos pensadores manejan una imagería ideológica que los acerca, respondiendo a la concepción de la filosofía de la historia como una historia del progreso de la civilización, empeñados en la búsqueda de las leyes que explican la marcha de los países hacia estadios superiores de evolución. Para Fukuzawa y los pensadores japoneses, esta entrega al tema significaba, en comparación con el caso argentino, un enorme

desafío, pues importaba enfrentar y competir con Occidente. Se ha dicho que considerada en relación con la modernización en otros contextos nacionales o regionales, como podrían ser Rusia, Turquía y América Latina, “el contraste favorece enormemente a Japón” (Conroy 1984: 14). No sería arriesgado aventurar la opinión de que la ventaja atribuida a Japón resultaría una suerte de “nacionalismo nativo” por el cual, como lo ha señalado Craig, “los japoneses se veían a sí mismos como japoneses” (Craig 1967: 99). No debemos olvidar, por otra parte, las dificultades semánticas, pues hasta los vocablos debieron ser inventados por Fukuzawa y los hombres de su generación.

Sarmiento escribió profusamente y con pasión sobre lo que consideraba la alteridad de la civilización, esto, sobre la barbarie. A partir de ese marco conceptual, encaró el tema de la civilización con una definición por la negativa, en la formulación de su por demás famosa dicotomía civilización vs. barbarie, que ha marcado las percepciones políticas y culturales de los argentinos. Convertida en una metáfora recurrente, ha aparecido una y otra vez en momentos de confrontaciones agudas, para llegar a ser “una matriz que sostiene las recreaciones posteriores y variadas sobre el tema de una Argentina dividida” (Svampa 1994: 12). En otros términos, ser otros de los que somos es la civilización. Por cierto que la barbarie era algo más que una imagen literaria, era una experiencia social enraizada en las luchas civiles, y convertida en concepto llegó a afirmar una doble alteridad: por una parte, la civilización estaba afuera y la barbarie adentro, y por otra, percibía Sarmiento una “otredad” interna, una relación de alteridad con el opositor ideológico que se oponía al proyecto formulado en nombre de la civilización.

El proyecto se apoyaba en las sólidas columnas del orden y el progreso, el primero conducente al segundo, y el progreso como legitimizador del orden. Afloraban, como repetidamente se ha señalado, dos lógicas, una excluyente que llevaba a sacrificar necesariamente uno de los dos polos de la oposición, y otra de implicación, por la cual un polo podía estar implicado en el otro, como cuando afirma que Córdoba y Buenos Aires representan dos grados distintos de civilización. El esquema contenía un elemento excluyente de la barbarie interna, y otro integrador, que se expresa en planes tales como la integración de todos los elementos humanos por la educación, la integración de los inmigrantes, o la integración del país moderno en el orden mundial. Sarmiento afirmaba, frente al carácter indivisible de la civilización, la multiplicidad de la barbarie, entendida como una forma cultural que no siempre supone la negación total de la civilización. El mismo Sar-

miento admitía que su dicotomía no era aplicable “a todas las fases de la lucha, ni a todos los hombres, ni a todos los tiempos” (*Facundo*, 38), pero necesitaba sin duda apelar a ese instrumento en la lucha política que libraba con su pluma. La barbarie quedaba definitivamente identificada con el pasado español y con lo que veía como su prolongación, en forma de una cultura medieval tardía, es decir, el medio rural americano. La barbarie nativa del indio siempre fue objeto de la lógica excluyente, dado el “odio instintivo al hombre civilizado” (Sarmiento, *OC*, xxvi: 349), que imputaba al indio y no menos al hecho de sentir “una invencible repugnancia sin poderlo remediar” (*ibid.*, II: 220) hacia el hombre nativo.

Sarmiento se empeñó siempre en ubicar la barbarie fuera del contexto europeo, en especial en su faz política, que era el despotismo. Bien conocida es la insistencia en la “tintura asiática” de la vida en el campo con su carga de aislamiento, autoritarismo y falta de progreso; el paralelo que gustaba de trazar entre el gaucho y el beduino, el poder amplio y terrible que encauzaba tanto a la horda como a la montonera, en las que creía ver “los mismos personajes, el mismo espíritu, la misma estrategia indisciplinada” (Sarmiento, *Viajes*, 694), o su empeño en evocar a Rusia y a Turquía como posibles referentes al reflexionar sobre las formas del despotismo americano.

Ubicada la barbarie en el campo, *a contrario sensu* va surgiendo todo lo que caracteriza a la civilización, como es el desarrollo de la economía industrial, el bienestar material, las ideas que dan forma y organización a la asociación humana, la libertad religiosa, la independencia espiritual del pesado legado español y los vínculos con la Europa moderna. Toda esta propuesta ha llevado a afirmar un componente burgués en el plan sarmientino, visto por algunos como ideólogo de la clase media y su proyecto civilizatorio como un “fermento” para difundir los valores y forma de vida de la burguesía.

En este aspecto, el paralelo con Fukuzawa puede ser trazado, ya que su *Bunmeiron no Gairyaku* ha sido considerado por muchos como una visión liberal de la clase media japonesa (Piovesan 1969: 19), y el propio Fukuzawa señalaba que la tarea de formular una teoría de la civilización era una tarea a cargo de los intelectuales de clase media. Hay, sin embargo, importantes diferencias en las perspectivas de ambos pensadores, las cuales merecen ser puntualizadas.

Fukuzawa veía la necesidad de determinar la esencia de la civilización y para ello intentaba un análisis general en forma de una teoría de la civilización, pero estando convencido, como lo estaba, de que Japón tiene su civilización, emprendió también un análisis histórico de la

sociedad japonesa. Fukuzawa no se limitó a repetir las teorías occidentales, sino que hizo una selección de elementos necesarios para organizar una perspectiva intelectual propia. Pese a lo detectable de las influencias europeas en la formulación de su teoría de la civilización, el objetivo perseguido es distinto; no se propone examinar la manera en que van surgiendo los diversos fenómenos vinculados a la civilización, sino explicar cómo la gente de su medio y su época podía hacer para lograr el avance de la civilización en Japón. Por ello su libro ha sido considerado como un plan para la acción del gobierno de Meiji (Tsuda 1979: XXI).

Para comenzar, hace un juicio positivo de la peculiar situación de los intelectuales japoneses como él, que han experimentado la sociedad japonesa antes y después del ingreso de la cultura occidental, lo que le ha dado una visión más rica que la de los intelectuales europeos, reducidos sólo a su contexto cultural. Lo peculiar de la situación era que “nosotros hemos vivido dos vidas, reunimos en nosotros dos experiencias por completo diferentes” (Fukuzawa, “Prefacio” en *Bunmeiron no Gairyaku*, 3), y es precisamente a esa bien conocida tesis de “una persona, dos vidas”, a la que suele atribuirse la originalidad del libro. En las páginas de Fukuzawa campea una relativización del paradigma de la civilización europea, en la perspectiva de una “civilización ilimitada” que aconseja no darse por satisfechos con la civilización del Viejo Continente.

En una disidencia fundamental con Sarmiento, no se encuentran en Fukuzawa ideas de una barbarie nativa. Hablaba de tres estadios de evolución, siendo el civilizado el superior, pues en él, el hombre puede dominar al mundo que lo rodea, quedar liberado de la obediencia ciega a la tradición y desarrollar su inteligencia. En el estadio primitivo el hombre no es dueño de su destino, está a merced de las fuerzas de la naturaleza pese a que tiene aseguradas sus necesidades básicas. Este estadio tiene mucho de los rasgos con los que Sarmiento pintaba la figura de la barbarie, pero no es aquí donde Fukuzawa ubica a Japón, sino en un estadio intermedio, al que llama semidesarrollado, y en el cual hay elementos de progreso (desarrollo de la agricultura y de la arquitectura, formas de organización política y social y cierto florecimiento literario) y también un desarrollo de la inteligencia, aunque no estudios prácticos. En este estadio se conserva lo tradicional, imitándolo y continuándolo, quedando ahogada la capacidad de crear algo nuevo. Esta etapa presenta ciertos elementos de civilización, pero no en su estado pleno, y comparte con la etapa primitiva el desconocer el orgullo por el propio país. El pensador siempre vio como relativos

esos conceptos, pues si bien Japón era semidesarrollado frente a Europa, podía ser considerado civilizado frente a otros países, como China. El criterio relativo juega también al considerar a la civilización europea como aquella que históricamente ha alcanzado el mayor grado de desarrollo, pero no una forma final ni perfecta, puesto que la civilización es en sí misma un progreso sin fin.

Tampoco se encuentran en Fukuzawa ideas de ruptura radical con el pasado. Estaba convencido de que Japón tenía su civilización y que la universalidad del fenómeno civilizatorio permitía pensar que la brecha entre Japón y Occidente era algo contingente y superable. Aunque criticaba al confucianismo como opuesto a las dos claves del éxito de la civilización occidental —la ciencia y la independencia espiritual—, no hay idea de repudiar indiscriminadamente el pasado, sino la de asumir el legado recibido e instrumentar elementos tradicionales para la causa de la civilización al ubicarlos en un nuevo contexto. Ejemplificaba esta afirmación con el tema de la lealtad al señor feudal, convertida en la lealtad más abstracta hacia el clan y, finalmente, con la modernización, traducida en lealtad a la nación. En una actitud de equilibrio, pensaba que el verdadero obstáculo para el progreso no eran las tradiciones en sí mismas, sino la obediencia ciega a ellas.

Aunque, como Sarmiento, Fukuzawa entendía el proceso de civilización como una lucha entre tendencias opuestas, los términos no son los mismos, pues no ve un enfrentamiento entre civilización y barbarie, sino entre el poder espiritual, y léase aquí intelectual, y el despotismo. La modernización de Meiji era vista en consecuencia como resultado del triunfo del poder intelectual. A diferencia de Sarmiento y su generación, la tradición intelectual a repudiar no era la propia, sino la china que había sido impuesta, de modo que se trataba de recuperar una identidad propia sofocada, quedando por tanto los pensadores liberados de la tarea de repudiar su propio pasado y de asumir ideas de inferioridad de lo propio, necesidad que sí experimentaron Sarmiento y los hombres de su generación.

Para ambos pensadores estaba claro el sentido de intentar una teoría de la civilización: definir en qué consiste, ver dónde está ubicada, precisar qué modelos se reconocen y las perspectivas de la realización del plan...

2. El concepto de civilización

TANTO para Sarmiento como para Fukuzawa, el de civilización es un concepto globalizante. Sarmiento entendía que afectaba a los aspectos sociales, económicos, políticos y a los privados de la vida del hombre,

desde sus valores al traje, pasando por la dinámica social. Afirmaba, en el marco de esta reflexión, la unidad esencial de la civilización, pues creía ver que “la vida civilizada reproduce en todas partes los mismos caracteres” (Sarmiento, *Facundo* 1974: 262), y seguramente que cuando esto decía pensaba en la civilización industrial moderna. Igualmente, Fukuzawa entendía que la civilización operaba en los valores, las leyes, la vida individual, que “es la meta de todo accionar humano” (Fukuzawa, *Bunmeiron no Gairyaku*, 335), y puede ser comparada con un gran escenario en el que suben y participan distintos actores. Una nueva familia, una nueva política, una nueva economía y hasta una nueva diplomacia: éste es el amplio espectro de la civilización. Era algo más: una suerte de criterio para juzgar, ya que todo lo que contribuye al avance de la civilización es bueno, y malo todo aquello que se interpone en su desarrollo. Llevado por este entusiasmo, Fukuzawa no duda en afirmar que hasta se puede justificar un gobierno despótico si hace avanzar la causa de la civilización, afirmación por demás contradictoria con su definición de la civilización como una liberación con respecto de todo poder despótico.

La importancia de la meta invita a una actitud vigilante. Sarmiento y Fukuzawa coinciden en que la civilización no es un logro que se mantenga contra todo, es, por el contrario, una conquista susceptible de retrocesos. Sarmiento ejemplifica esta preocupación con el caso de ciudades del interior, alguna vez con rangos de civilizadas, que sufrieron una “barbarización” al ser conquistadas por las hordas encabezadas por los caudillos. Idéntica preocupación encontramos en Fukuzawa, quien pone énfasis en la necesidad de que los intelectuales mantengan una actitud vigilante, pues la marcha de la civilización no es una evolución simple ni lineal. Le preocupaba que la indiferencia de la gente permitiera el revivir del “conocimiento nacional”, que oponiéndose al cambio, pretendía revivir el pasado. Por ello, parece injusta la crítica que se le ha formulado en el sentido de que haya sido “ciego para ver el futuro del país”, en el sentido de no haber sospechado que Japón pudiera retroceder a alguna forma de autocracia, como efectivamente ocurrió (Blacker 1964: 138).

Intentando una definición esencial de la civilización, Sarmiento y Fukuzawa coinciden en verla como una liberación del hombre, esto es, identificarla con la libertad en sus múltiples facetas. La libertad se nos presenta en tres dimensiones, a saber: libertad de pensamiento, libertad frente a la naturaleza e independencia respecto de todo poder trascendente o arbitrario.

Como es bien sabido, Sarmiento y todos los hombres de la Generación de 1837 consideraban a la libertad de pensamiento como la base de todas las demás libertades, y atribuían el atraso cultural, social y político de España y del mundo que la metrópoli creó en América, a la falta de libertad en el pensar, que Sarmiento se empeñaba en vincular con el catolicismo a la española. La libertad de pensamiento es una suerte de matriz que, creando en la vida personal y social la independencia de criterio, libera al hombre de todas las formas de opresión, llámesele inquisición religiosa, despotismo político o monopolio económico. De igual manera, Fukuzawa afirmaba un concepto básico de civilización entendida como libertad de pensamiento, alimentada por el espíritu de duda, al que declaraba ausente en la civilización oriental por la influencia del pensamiento y la moral confucianistas, que ponderaban la obediencia ciega y con ella la falta de responsabilidad de hombres que “han sido enseñados a creer en estúpidas enseñanzas” (Fukuzawa, *Gakumon no susume*, 93). Libertad de pensamiento, independencia personal y como resultado la independencia nacional, eran eslabones de una cadena entendida como la llave del secreto de la realización de la civilización en Japón.

Sarmiento enfatizó también la importancia de la independencia del hombre frente al dominio de la naturaleza, como medida de la civilización. Las páginas del *Facundo*, exultantes de maestría literaria, abundan en la pintura de la barbarie como un mundo donde la naturaleza impone su ley y niega al hombre las posibilidades de una vida civilizada. Se nos dice que el parámetro para medir la civilización son “las formas en que el hombre tiene que entenderse con la naturaleza” (Sarmiento, *Facundo* 1974: 42) y que la civilización no es otra cosa que un aprovechar la naturaleza para el bienestar de la sociedad humana. Ese aprovechamiento tiene sus condiciones, que son según Sarmiento la posesión permanente del suelo y los conocimientos científicos, los cuales sólo se dan y se desarrollan cuando la gente vive en comunidades organizadas y numerosas, lógica que lleva a la bien conocida identificación sarmientina de la civilización con la ciudad y la barbarie con el medio rural. Estados Unidos fue el ejemplo más elocuente de una puesta en práctica de este concepto de civilización, y es por ello que despertó un exaltado entusiasmo en Sarmiento, que en el país del norte pudo ver una civilización que no sólo domina al medio natural, sino que llega a contradecir a la naturaleza. Podemos recordar el ilimitado entusiasmo que le provocó el proyecto en el lago Michigan de un río yendo contra su curso natural.

No encontramos en Fukuzawa, en cambio, ideas de una oposición radical entre naturaleza y civilización, aunque no está ausente de su pensamiento el concepto de un dominio de la naturaleza para crear una sociedad con mayor bienestar, valiéndose de la ciencia como instrumento. El pensamiento tiende a una mayor moderación, al observar que todo lo que ocurre en la sociedad civilizada surge de la naturaleza, y que el hombre realmente civilizado no atenta contra lo natural. Por el contrario, ese contradecir a la naturaleza que a Sarmiento le parecía expresión máxima de los logros de la civilización, a Fukuzawa se le aparecía como propio de pueblos inferiores (los chinos comprimiendo el pie o los pueblos africanos deformando el cráneo).

Para Sarmiento, el dominio de la naturaleza está simbolizado por la ciudad. Su pensamiento se encuadra en una tradición del pensamiento argentino, donde la urbanización aparece como ideología, alimentada por el entusiasmo de los liberales por interpretar a la ciudad como el lugar donde el hombre puede desarrollar sin restricciones su talento. La ciudad era la civilización, pues en ella se daba la vida social y el sometimiento a una autoridad racional y reconocida, y obedeciendo a la inspiración que proporcionaba Roma, Sarmiento la concebía como un polo desde donde parte el impulso civilizador hacia la campaña. Por cierto que sus viajes provocaron lo que Pellicer ha denominado un "cataclismo en los fundamentos ideológicos de Sarmiento" (Pellicer 1990: 135), con ejemplos vivos de que el esquema al cual hasta entonces había adherido tenía grietas formidables. Allí estaba Suiza, sin grandes ciudades pero con aldeas prósperas y democráticas, y estaban también las grandes urbes como París, con su carga de miseria y su potencialidad para temibles estallidos sociales. Estados Unidos terminó por aconsejar un cambio en el planteamiento básico de reducir la civilización a la ciudad, retando a Sarmiento con la realidad de sus aldeas, dotadas de gobierno, escuelas, periódicos y formas admirables de asociación. Surgió en el pensador la idea de que se podría civilizar el campo argentino siguiendo ese modelo, lo cual implicaba la desaparición de las grandes estancias ganaderas, modelo de lo que Sarmiento entendía por una vida de barbarie, y el sembrar el campo con prósperas aldeas agrícolas. A la crítica (Katra, Noël Salomon) no se le ha pasado por alto la falta de análisis, por parte de Sarmiento, de las posibilidades de aplicar ese modelo al medio argentino, y su excesivo optimismo al pensar que los terratenientes pudieran ceder su poder y privilegios.

Fukuzawa, por su parte, coincidía con Sarmiento en que la existencia de una comunidad organizada es condición para el desarrollo de

la civilización. Estaba convencido de que son los contactos sociales lo que permite desarrollar la inteligencia del hombre, y aun llega a definir la civilización como un perfeccionamiento de las relaciones humanas en la sociedad (*ibid.*, 35). Sin embargo, no aparece la ciudad como el único escenario posible de la civilización, aunque cuando reflexiona sobre el papel del conocimiento y de la moral en el desarrollo de la civilización, afirma que el hombre del campo está quizás por encima en cuanto a su moral privada, pero por debajo del hombre de la ciudad por su nivel de civilización. De esta afirmación podría deducirse una coincidencia básica con las ideas de Sarmiento acerca del lugar donde anida y se desarrolla la civilización.

La tercera perspectiva de la civilización entendida como liberación del hombre la encontramos en el plano de las relaciones sociales, políticas y económicas. En lo social, Sarmiento creía que civilización se identificaba con pluralismo e igualdad. Ésta no era entendida en un sentido totalmente nivelador, sino como un logro consistente en la distribución de los bienes materiales y la educación entre la mayoría. El criterio clave para juzgar de la existencia y nivel de la civilización no es sólo el nivel cultural y material alcanzado por una sociedad, sino la presencia de un criterio distributivo justo, que elimine la “plebe”, en el sentido de masas que viven en la abyección y la ignorancia, en fuerte contraste con el refinamiento y el bienestar de una minoría. Como es bien sabido, este estigma de la civilización europea da cuenta de la profunda desilusión experimentada por Sarmiento en su viaje al Viejo Mundo, traducida en aquello de que “si marineros, madereros o bomberos se sentaran a la mesa de políticos o banqueros, los europeos tendrían otra idea de su cultura” (Sarmiento, *OC*, v: 244).

Fukuzawa también entendía la civilización como vigencia del pluralismo, esto es, la existencia de diversas perspectivas filosóficas e ideológicas que coexisten pacíficamente y en actitud de diálogo. Por otra parte, la veía como predominio de la igualdad y desaparición de las jerarquías arbitrarias, pero en manera alguna esa concepción significaba negar el orden y las jerarquías sociales. La propuesta es reconocer que todos los hombres, cualquiera sea su jerarquía en la escala social, gozan de derechos a la vida, al honor y a la propiedad, y que las diferencias en esa escala jerárquica quedan definidas por la educación. Estas afirmaciones se encuentran limitadas por otras de Fukuzawa, como aquella de que “la causa de la pobreza es la propia estupidez” de los pobres (Fukuzawa, *Gakumon no susume*, 6).

Políticamente, los dos pensadores que venimos analizando coinciden en que la civilización implica el imperio de la ley y la extinción de

toda forma de despotismo. En Sarmiento el concepto de libertad no se limita al sentido de una democracia política, a la que siempre vio como una meta a alcanzar mediante el desarrollo de la educación. La libertad es más que democracia política, es un principio organizativo del Estado, con sus facetas de seguridad individual, respeto a las opiniones, organización de la justicia y sometimiento a la constitución. Políticamente hablando, la civilización existe cuando se dan una autoridad limitada por la ley, la unidad política y la conciencia política de la ciudadanía. Estados Unidos siempre le pareció una realización plena de ese concepto, pues se formaban asociaciones desde abajo para discutir y resolver los problemas que afectaban a la comunidad, y repitiéndose el proceso a niveles cada vez superiores, se llegaba a la organización democrática del país.

La civilización importa, como lo hemos señalado, independencia de criterio, y por ello en una sociedad civilizada el hombre se cuida a sí mismo, no es un "prisionero del Estado", y su realización supone, en consecuencia, una desaparición del tutelaje estatal y una redefinición del papel mismo del Estado, que debe limitarse a remover los obstáculos que impiden la actividad privada.

No sólo el despotismo, sino la demagogia también repugnaba a la civilización. Tanto Sarmiento como Fukuzawa nunca se sintieron voces de las masas, sino intelectuales responsables que guiaban a las masas hacia el gran cambio. Conforme a esta convicción básica, Sarmiento afirmaba que los verdaderos estadistas no siempre actúan conforme a la voluntad del pueblo, a veces contra ella. Fukuzawa sintió idéntico recelo contra el despotismo de las masas, y entendió la labor del intelectual en el sentido de formar la opinión pública y corregirla cuando estaba errada, siendo ésa "la más urgente tarea nacional" (Fukuzawa, *Bunmeiron no Gairyaku*, 61).

Un tercer elemento vital para la civilización en su dimensión política era la unidad del país. Tanto Sarmiento como Fukuzawa habían experimentado lo trágico de la fragmentación y habían visto en la unidad, de hecho lograda por Rosas en Argentina y el shogunato en Japón, la primera condición favorable para pensar en el gran proyecto civilizatorio y modernizador. La civilización importa en lo político la existencia de mecanismos constitucionales contra el desorden y la desintegración política nacional, y una vez más Estados Unidos ofrecía un ejemplo, con su gobierno libre pero fortísimo, donde la libertad estaba asegurada, como Sarmiento lo enfatizaba, por el inquebrantable respeto al orden y a las leyes. Todos sus escritos sobre el tema de la libertad, tal como la vio funcionar en el Norte, enfatizan el elemento de no alterar el

orden en nombre de la libertad, la cual “lleva un garrote en una mano y un revólver en el bolsillo para contener a los que pretenden negar a otros el uso de la libertad” (Sarmiento, *OC*, xxxix: 207).

La lectura de Fukuzawa arroja más de una coincidencia con Sarmiento. En su crítica a la sociedad feudal, tal como existió hasta el cambio de Meiji, el pensador denunciaba como el principal mal lo que llamó la “preponderancia del poder” y a la que en uso de un lenguaje positivista calificaba de “enfermedad” que afectaba al cuerpo social en todas sus relaciones, desde la familia hasta las relaciones de poder. El mal era visto no como algo propio de la sociedad japonesa en su forma originaria, sino como un resultado de la influencia china y, más concretamente, un legado de las ideas y la moral confucianas.

Esa “preponderancia del poder” consistía en no reconocer límites al que ejerce el poder, en proclamar en consecuencia la obediencia ciega del que está abajo y en afirmar los derechos del que manda y las obligaciones del que obedece. El resultado era la falta de independencia personal y de criterio, con la consiguiente ausencia de responsabilidad, expresada en la apatía política del pueblo. Fukuzawa concluía que no había en Japón *res publica*, el pueblo siempre había cumplido un papel pasivo, de mero espectador, y es en ese convencimiento que Fukuzawa apoyaba su afirmación de que “en Japón hay gobierno pero no hay nación”, como asimismo su crítica a la historiografía de su país, que había escrito sólo la historia de los gobiernos y no del pueblo japonés (Fukuzawa, *Bunmeiron no Gairyaku*, 144).

Se ha señalado que la reflexión de Fukuzawa sobre el tema de la civilización está excesivamente centrada en los aspectos políticos, hecho que se explica porque el pensador estaba convencido de que la civilización es instrumento para asegurar la independencia y la soberanía política de la nación. Si se piensa que el problema central de la época en que le tocó vivir era para Japón defender su independencia de la amenaza de Occidente, claramente sentida a partir de la experiencia vivida por China por la derrota experimentada en la Guerra del Opio, y confirmada por la presión que llevó inevitablemente a abrir las puertas del país a Occidente, no parece extraño ese acento puesto en la cuestión política.

Fukuzawa define a la civilización, en lo político, como la desaparición del despotismo. Empero, se negaba a identificar la civilización con una forma de gobierno en particular, es decir, con la democracia política, aun cuando reconocía una correlación entre el nivel de civilización y la forma política de un pueblo, ya que hay una evolución de la autocracia a la democracia, pues la civilización trae consigo la búsqueda de

libertad. Desconfiaba al igual que Sarmiento de la demagogia, y más de una vez advirtió sobre los peligros de lo que llamaba “el despotismo democrático”, señalando que a veces el despotismo emana de las ideas de una sola persona, pero puede haber también un despotismo democrático que “emana de un gran número de personas, pero ambas son igualmente formas de despotismo” (Fukuzawa, *Gakumon no susume*, 123). La monarquía le parecía perfectamente compatible con la libertad y por tanto con la civilización en su dimensión política, y para dar una apoyatura fáctica a sus afirmaciones traía como ejemplo el caso de Inglaterra con su monarquía y de México con su república supuestamente democrática, afirmando que ningún hombre razonable se animaría a afirmar que existe mejor nivel de civilización en México que en Inglaterra. No se observa en Fukuzawa el entusiasmo que en Sarmiento despertaba el sistema norteamericano de democracia, y señalaba que estaba lleno de vicios y crímenes. Si se ve a la democracia como el mejor sistema en términos de justicia, afirmaba Fukuzawa, es porque hay una creencia de que en una democracia el pueblo actúa al unísono, pero el ideal y la realidad rara vez coinciden. Si el resultado de las elecciones es muy próximo, una mitad decide y la otra debe guardar su opinión que no tiene posibilidades de ser escuchada. Señalaba además como riesgos del gobierno democrático el hecho de que no puede resistir a la presión popular para acudir a las armas o a la guerra civil, como el caso de Estados Unidos lo expresaba de manera elocuente, a su juicio.

Por lo demás, y encontramos aquí una proyección del pensamiento que no se da en Sarmiento, Fukuzawa no veía a la democracia, por perfecta que fuera, como el último estadio de la civilización. Fuertemente influido por las ideas de Spencer en el sentido de que la necesidad de gobierno resulta de las imperfecciones del hombre, el estadio último en el desarrollo de la civilización es en Fukuzawa la desaparición del gobierno. Siempre supuso que la perfección de la civilización no había sido alcanzada aún, ni en Europa ni en Estados Unidos, y que si se la lograba, “el gobierno será totalmente superfluo”. Esa reflexión entra claramente en el plano de la utopía, pero cuando el pensador político vuelve a imponerse, Fukuzawa descende a proposiciones concretas para enfrentar el problema de la modernización política de Japón, sugiriendo el sistema parlamentario inglés como modelo, por tener una base sólida de legitimidad (los miembros del gobierno pertenecen al partido mayoritario de la Cámara de los Comunes) y por estar dotado de una flexibilidad que permite los cambios y evita los estallidos de descontento popular.

La independencia del individuo frente al Estado como elemento definitorio de un estadio de civilización es otra coincidencia con las ideas de Sarmiento. Uno de los males de Japón era la dependencia del individuo respecto del Estado en todos los planos, aun del conocimiento, y en ello veía una trágica diferencia con Occidente, cuyo ejemplo Japón debía seguir puesto que “es la gente (léase la actividad privada) la que debe iniciar los asuntos de la civilización, mientras el gobierno protege esos esfuerzos” (*ibid.*, 32). Nos recuerda Fukuzawa que las escuelas siempre fueron del gobierno o de los clanes y que hasta la religión dependió del Estado y lo sirvió obedientemente. Su escuela, convertida luego en la Universidad de Keio, constituyó una total ruptura con esa tradición, siendo la empresa de un intelectual, Fukuzawa, secundado por otras personalidades privadas, intelectuales que hacían de su independencia de criterio frente al Estado el elemento fundamental de legitimación de su empresa. Lo fundamental de un estadio civilizado es la independencia entre lo público y lo privado, de modo que el Estado no debe interferir en la actividad de los particulares, en particular la económica. Con palabras que por momento parecen un eco de las ideas no sólo de Sarmiento sino de otros hombres de su generación, sobre todo Alberdi, Fukuzawa nos recuerda que en los países civilizados no hay empresas del Estado, y que el gobierno se limita a proteger los esfuerzos de los particulares, circunscrito a una esfera muy limitada de actividades.

De la misma manera, el individuo jamás debe invadir la esfera de lo público, y consecuente con este principio, le parecían incompatibles con un país civilizado costumbres que habían sido objeto de reconocimiento social en la sociedad feudal, por ejemplo entre la casta de los samurais, tal como hacer justicia por su propia mano.

Al igual que Sarmiento, Fukuzawa era un hombre de orden, y aun que enfatizaba el factor libertad en la definición de la civilización en lo político, estaba convencido de que el gobierno debía tener eficacia y poder, lo que estaba acompañado por un rechazo de la violencia y una clara repugnancia por la alternativa revolucionaria. En posesión de una teoría contractual del Estado, afirmaba que una vez que se ha delegado en el gobierno la facultad de hacer las leyes, éstas deben ser obedecidas aunque personalmente no convengan. Aun frente a un gobierno despótico rechazaba la posibilidad de rebelión, y cae en un optimismo idealista al creer que el ejemplo de una vida dedicada a creer y luchar por la libertad puede enternecer al déspota, y aun admitiendo la inutilidad de esa postura, llega a pensar en la posibilidad de sacrificar la

propia vida en señal de protesta, pero sin admitir jamás la opción por la revolución.

Llevando adelante este análisis de los puntos de contacto en el concepto de civilización entre Sarmiento y Fukuzawa, debemos destacar la importancia que tiene el componente espiritual. Sarmiento entendía a la civilización como un espíritu que pone al hombre y no al Estado como sujeto y protagonista del quehacer nacional, lo cual puede traducirse por ese “espíritu de independencia” que tanto preocupaba a Fukuzawa también. La tarea de luchar por la civilización era concebida por el sanjuanino como operar una revolución “menos en las instituciones que en las ideas” (Sarmiento, *OC*, III: 211), y sin duda su viaje a Estados Unidos y Europa obedeció no sólo al propósito más estrecho de estudiar los sistemas educativos de aquellos países, como al más amplio de captar ese “espíritu de la civilización”, que sin duda debía existir como existía su opuesto, el “espíritu de las pampas” que daba cuenta de la barbarie. Puede verse aquí un enfoque idealista por el cual las ideas son vistas como algo capaz de transmitir energía a las instituciones y posibilitar el progreso, enfoque del que sin duda nace su optimismo sobre la educación y su poderoso papel en el cambio. En última instancia, la civilización es un cambio de espíritu, el reemplazo de unos valores que obligan al estancamiento por otros que generan el cambio.

Fruto de este énfasis en los aspectos espirituales es la atención que Sarmiento presta al tema de la religión, y sus afirmaciones sobre el papel central que el protestantismo ha cumplido en el progreso de la civilización norteamericana. Esos elementos espirituales propios del protestantismo, como propiciar el uso de la razón o la afición por el estudio en el empeño de Lutero de llevar el contacto con la Biblia del oído a la vista, son presentados en una dicotomía con un catolicismo carente de ellos. El contraste entre el Canadá protestante y el Canadá católico sirve a Sarmiento para ejemplificar su aserto.

Fukuzawa coincide en buena parte con este planteo cuando afirma que la civilización consiste en el desarrollo del espíritu, pero no individual sino colectivo, y que ese espíritu es difícil de conseguir, pues “no puede ser comprado ni vendido” (Fukuzawa, *Bunmeiron no Gairyaku*, 216). La teoría de la civilización, pues, consiste en un análisis del desarrollo del espíritu humano y, a diferencia de Sarmiento, no cree que lo que mueva a la historia sean los grandes hombres, sino lo que llama “el espíritu de los tiempos”, estableciendo una comparación entre el barco (el espíritu de los tiempos) y el navegante (los gobernantes). Ningún buen navegante puede hacer avanzar con rapidez un barco que falla, y

es por ello que la falta de desarrollo no es sólo responsabilidad de los gobernantes, sino de los pueblos. La labor de los intelectuales sería precisamente encauzar las energías del pueblo hacia la formación de ese “espíritu de los tiempos”, por lo que podemos entender un conjunto de valores y una conciencia que llevan a la modernización y a un amplio espectro de cambios en lo personal y lo social. Observaba que en Occidente no todos los hombres eran individualmente inteligentes, pero había una opción de grupo que se imponía a los individuos privados.

Como Sarmiento, tuvo en cuenta el papel de la religión, y coincidía con él en que el protestantismo es la religión más adecuada a la modernidad. Sin embargo, se aleja de toda afirmación simplista, y a diferencia de Sarmiento, cree que la religión cambia según el progreso de la civilización, de manera que más que condicionar es condicionada, presentando como un ejemplo de esa verdad el caso del espíritu católico francés, profundamente transformado por el estadio de civilización alcanzado por ese pueblo. Por otra parte, Fukuzawa pondera el conocimiento por sobre la virtud al afirmar que el conocimiento puede cambiar la faz del mundo y la moral no, o puesto en otros términos, la moral no ha mostrado progreso en siglos, y por tanto no puede hablarse de un aporte directo de la moral a la civilización.

El énfasis señalado no significa, ni en Sarmiento ni en Fukuzawa, un desconocimiento de los factores materiales en el proceso civilizatorio. Sarmiento visualizó una civilización industrial, con un vigoroso desarrollo de la industria y el comercio sobre la base de los conocimientos científicos, el desarrollo de la navegación y las comunicaciones para derrotar a la barbarie, señalando expresamente que la riqueza de los pueblos depende de la facilidad de adquirir noticias. Por cierto, usó casi como sinónimos las expresiones “movimiento industrial” y “movimiento civilizador”, y vio al capitalismo como el artífice del proceso, estando convencido de que la civilización industrial no tiene fronteras, pensamiento que da sentido a su afirmación del carácter unitario de la civilización. Este reconocimiento del factor material, lejos de ser contradictorio con el énfasis ya señalado sobre las dimensiones espirituales del proceso civilizatorio, se inserta perfectamente en él, pues entre los valores tradicionales que se imponía cambiar, estaban la incapacidad de los españoles para la economía y las finanzas y la moral negativa acerca del trabajo. Estados Unidos venía en auxilio de las argumentaciones de Sarmiento, con la nueva moralidad que suponía inaugurada gracias a Franklin, la cual veía una virtud en la búsqueda del bienestar

material. Libertad económica, iniciativa y propiedad privadas como motor de progreso, son vistas como las llaves del éxito de la civilización.

Fukuzawa, por su parte, nunca dudó de que la evolución en el proceso civilización implicaba enriquecer al país materialmente, e incluso militarmente. Aquí también está presente el tema del cambio de valores, pues Fukuzawa atribuía a la clase gobernante una incapacidad económica en términos muy semejantes a los que Sarmiento usó para criticar la incapacidad industrial que atribuía a los españoles. Por otra parte, la acumulación de riquezas no era criterio suficiente, sino que debía juzgarse desde la perspectiva de una justa distribución, pues la civilización implica que los bienes materiales y espirituales se distribuyan equitativamente entre el mayor número.

El mejoramiento material fue siempre visto como resultado de la actividad privada, y el capitalismo como la cara de la civilización moderna. Una vez más el entusiasmo de Sarmiento por el ejemplo norteamericano está ausente en Fukuzawa, quien rechazó explícitamente excesos que creía ver en la sociedad norteamericana, rechazando como ideal social la moral del máximo beneficio y lo que llamó “la búsqueda afebrada del dinero” (Fukuzawa, *Bunmeiron no Gairyaku*, 44).

Propiciaba como requisito de ingreso a un nivel de civilización que pusiera a Japón a la altura del mundo moderno la industrialización, y con acierto veía como inevitable la riqueza de los países industriales frente a los productores de materias primas, puesto que entre ellos se entablaba un intercambio entre los recursos naturales, que son limitados, y los humanos, que por ser ilimitados vuelcan la balanza de la riqueza y el poder, en forma inevitable, a favor de los países industrializados. Sin embargo, Fukuzawa siempre insistió que el esfuerzo debía ser nacional y expresó sin ambages su temor al endeudamiento externo, a que Japón se hipotecara para “comprar” su civilización. Con agudeza, estaba profetizando lo que pasaría más tarde a muchos países, Argentina entre ellos, cuando decía que “tomar prestado el capital de los países civilizados y pagarles intereses, hace más rico al rico y más pobre al pobre” (*ibid.*).

La tarea civilizadora que los dos pensadores analizados y su generación se propusieron llevar a cabo, exigía de paradigmas. Estados Unidos y los países modernos de Europa cumplieron ese papel, aunque ambos repudiaban la idea de una mera imitación. En el caso de Sarmiento la visita a Europa puso de relieve muchos espejismos y fue en Estados Unidos donde pudo redefinir el modelo. En el Viejo Mundo hubo una relativización de planteos anteriores, llegando a la conclusión de que Europa no es la civilización sin más. Por otra parte, puesto

en el centro de la civilización, desde la perspectiva marginal americana, concluyó que esa situación marginal era algo contingente, de la que se podía salir con una voluntad civilizadora sin concesiones, como era la suya. La visita a Estados Unidos le brindó una nueva perspectiva y desde entonces nunca dejó de pensar el problema de la civilización sin relación con el Este, que mostraba el ejemplo de la barbarie derrotada y de una nueva civilización, superior a la europea.

Fukuzawa tuvo también por modelo a los países europeos modernos y a Estados Unidos, y hasta nos ahorra el trabajo de preguntarnos cuál fue ese modelo, ya que el título de un capítulo de *Bunmeiron no Gairyaku* proclama que “La civilización occidental es nuestra meta”. Empero, estuvo lejos de aceptaciones acríticas y se resistió a considerar el modelo occidental como una expresión final de la civilización. La afirmación arriba mencionada recibió, en el desarrollo del texto, una serie de especificaciones que la limitan y alejan la posibilidad de una mera imitación del modelo occidental. Siempre se cuidó de señalar que los valores, instituciones y sistemas que pretendía introducir en Japón para hacer de él un país moderno capaz de competir con Occidente, no eran buenos por ser occidentales, sino por ser racionales. A la civilización occidental la veía como una amalgama de diversos elementos, donde ninguno puede prevalecer definitivamente sobre los demás, y como una formación animada por el espíritu de libertad que fue creándose a lo largo de siglos de luchas y enfrentamientos.

Conclusiones

SARMIENTO y Fukuzawa actuaron en una época dominada por el convencimiento, entre los grupos intelectuales a los que pertenecían, de que sólo un profundo cambio aseguraría la vida del país, y bajo la influencia de las mismas influencias ideológicas que llegaban de Europa, crearon una imagería ideológica con asombrosos puntos de contacto. En ambos se expresa también un conjunto de tensiones entre los principios universales que manejaban y las necesidades concretas que imponían reflexionar sobre el país real.

El concepto básico de la civilización sin duda los emparenta con ideas sobre la civilización, entendida como un fenómeno globalizante; el entenderla no como opción sino como una obligación del individuo y de la nación; la formulación del concepto en el marco de una redefinición fundamental de las relaciones entre el Estado y la sociedad; el ubicar a la libertad como elemento central del fenómeno civilizatorio, y en concebir a la riqueza del individuo y del país como su resultante. Ambos

pensadores coincidían también en la urgencia por desarrollar la civilización en sus respectivos países, necesidad dictada no sólo por la situación interna sino por la escena internacional. No perder en la competencia con los países occidentales modernos, superando el aislamiento secular e incorporándose de lleno en los procesos políticos y económicos internacionales, parece a ambos un imperativo de los tiempos.

En su formulación de una teoría de la civilización, Sarmiento y Fukuzawa exhiben un fuerte voluntarismo y optimismo. Para el caso de Sarmiento, se ha afirmado que está en una posición del todo contraria al modelo hegeliano, pues no hay concesiones: uno de los opuestos debe necesariamente desaparecer. El optimismo de Sarmiento, vigente en el momento de la formulación del plan civilizador y erosionado en los años finales, responde al convencimiento de que las condiciones están dadas y que el régimen rosista, cuya caída no le parecía lejana, había preparado esas condiciones de cambio, en forma no querida y como reacción del país ante esa modalidad repudiada. Ese optimismo se mantenía por la existencia de lo que Sarmiento denomina "elementos de orden y moralización", con lo cual se refería a la inmigración europea y a la lectura optimista que hacía de la escena internacional. Así como Bolívar había confiado en que Inglaterra, campeona de la libertad, tendría que acudir en auxilio de los países americanos en su lucha por la liberación de España, Sarmiento suponía que el compromiso civilizatorio no tenía fronteras, y que países como Francia e Inglaterra deberían apoyar esa causa en América.

El optimismo que existió en Fukuzawa, como el de Sarmiento, se resintió fuertemente con el tiempo, pero en el momento de formular sus ideas centrales, especialmente en la década de 1870, ese optimismo existía sin duda. Estaba apoyado, por una parte, en la idea de que las leyes del progreso son universales y afectan como posibilidad a todos los pueblos y no sólo a los de la órbita europea. Aún más importante es el hecho, que por otra parte marca una diferencia fundamental con Sarmiento, de que no hubo en Fukuzawa ideas de una barbarie nativa, aunque aceptaba el hecho del atraso de Japón. Ese atraso era resultado de un sistema de ideas en verdad ajenas a la cultura japonesa, y por tanto independizarse de esa nefasta influencia china era la vía del cambio, casi como Sarmiento lo afirmaba en cuanto a la necesidad de una independencia espiritual de España. La diferencia fundamental es que para Sarmiento y su generación, una vez concretado el repudio a la herencia española, se imponía destruir la otra barbarie, la nativa, la americana o indígena, definitivamente perdida para la causa de la civilización.

Todo intento de comparación exige apuntar las diferencias fundamentales entre Sarmiento y Fukuzawa. La que puede considerarse decisiva, y condicionante de todas las demás, es la referida a concebir a la civilización como algo instrumental o como un fin en sí misma. Sarmiento, aunque nunca perdió de vista el bien del país, estaba por la segunda concepción de la civilización, hijo de un ambiente intelectual que había definido a aquella como un valor absoluto, supeditando a la existencia de la civilización el concepto mismo de patria. De esa lógica surgen como posibles la ponderación de la conquista europea para otros contextos geográficos y culturales, o la opción política de aliarse con un poder extranjero contra el propio país, si la causa de la civilización lo exige, opción ésta que la generación argentina de 1837 asumió en el conflicto entre el gobierno de Rosas y Francia.

Nada más inaceptable para Fukuzawa que esa lógica, puesto que si la civilización es por definición el logro de la independencia del país, una situación colonial, aunque aporte elementos de civilización modernos, constituye la destrucción irreversible de la posibilidad misma de civilizarse. Si algo da unidad conceptual a sus escritos, es precisamente la insistencia en que el objetivo de la civilización moderna en Japón es “hacer una estructura nacional una e indivisible”, poniendo a Japón en pie de igualdad con los países occidentales y alejando el peligro de caer en la dependencia. Para Fukuzawa la civilización fue claramente instrumental, y si bien dedicó su vida a introducir en Japón la civilización moderna de Occidente, él mismo entendió ese esfuerzo como un expediente de circunstancias, como un “poner el carro delante del caballo”, como gustaba decir. La urgencia de civilizarse, para enfrentar la amenaza occidental, justificaba ese expediente, pero no negaba el hecho crucial de que un país independiente es de hecho civilizado, y no lo contrario. Nada temía tanto como la pérdida de la identidad y la soberanía nacional, por lo que sugería una doble y compleja relación entre nacionalidad y soberanía, ya que el énfasis en la identidad nacional sirve para mantener la soberanía, y la defensa de ésta es condición para mantener la identidad nacional.

Otra diferencia significativa es que no encontramos en el pensador japonés los elementos excluyentes en el plan civilizatorio que asoman en Sarmiento, lo cual sin duda resulta de que no estaban en la imaginaria sociopolítica del medio las ideas del “mal político” o de la “barbarie interior”, que eran moneda corriente en la tradición ideológica argentina. Hay un plan coherente y global, en el cual el gobierno hace las opciones y los intelectuales, siempre defendiendo su independencia de criterio, conducen a las masas a la realización de un estadio de civiliza-

ción donde todos deben quedar integrados. Sin embargo, en la dimensión social de la civilización, puede apreciarse una mayor apertura en Sarmiento que en Fukuzawa. Ésta viene dada por las diferencias entre ambos pensadores en cuanto a la educación como herramienta fundamental del cambio. Ambos coincidían que una educación moderna y extendida a las masas, superando la falta de libertad y sentido práctico en el conocimiento que habían caracterizado a la tradición colonial americana en Argentina, y al conocimiento confuciano tradicional en Japón, era el gran medio de las transformaciones deseadas.

Fukuzawa distinguía entre educación y ciencia, la primera para el pueblo, como un medio de hacer de cada ciudadano un productor eficaz y un ciudadano consciente de sus derechos y deberes, y los estudios superiores reservados para un grupo selecto. Explícitamente revelaba su repugnancia a abrir las puertas de la universidad a los pobres, y no ocultaba el temor de hacerlo, puesto que implicaba poner en sus manos los instrumentos para destruir el orden que odiaban. El fantasma de un avance del movimiento socialista, resultante de abrir las puertas de los estudios superiores a las clases menos favorecidas, se presentaba con contornos demasiado claros en el caso inglés como para no provocar los temores de Fukuzawa. Sarmiento, en cambio, exhibía ideas más decididas para hacer de la educación un bien al alcance de todos los sectores sociales, insistiendo en el deber de la sociedad de contribuir a la educación superior de los jóvenes sin recursos y con talento, haciendo del sistema educativo un formidable generador de movilidad social.

Podemos concluir que Fukuzawa y Sarmiento son dos hombres diferenciados por su carácter y por el tipo de compromiso que eligieron, apasionadamente político en el caso de Sarmiento y siempre preocupado por mantenerse alejado de la política y entregado a educar en el de Fukuzawa. Hay, sin embargo, un mensaje que conmueve por lo que de coincidencias tiene: sólo el hombre y el país que progresan tienen aseguradas las condiciones de su existencia. Japón y Argentina han seguido distintos derroteros, a lo que no sólo han contribuido las ideas, sino factores internos y externos que no son tema de este trabajo. Sin embargo, podemos preguntarnos si aquel interrogante esencial acerca de que si la civilización es un fin en sí mismo o sólo un medio para lograr la independencia y la grandeza del país, y la distinta respuesta que le dieron Fukuzawa y Sarmiento no contribuye decisivamente a la hora de explicar los resultados obtenidos en ambos países.

BIBLIOGRAFÍA

I. Sobre Sarmiento

- Alonso, Carlos, "Facundo y la sabiduría del poder", *Cuadernos Americanos*, vol. 226, n. 5 (1979), pp. 116-130.
- Altamirano, Carlos, y Beatriz Sarlo, *Ensayos argentinos: de Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, CEAL, 1983.
- Barba, Enrique, "En torno a Sarmiento", en *Vigencia de Sarmiento*, Buenos Aires, Comisión Permanente de Homenaje a Sarmiento, 1988.
- Benítez, Rubén, "El viaje a España", en Sarmiento, *Viajes*, pp. 717-758.
- Berdiales, Germán, *Antología total de Sarmiento*, dos tomos, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1962.
- Borges, Jorge Luis, "Prólogo" a *Facundo*, Buenos Aires, El Ateneo, 1974.
- Botana, Natalio R., *Sarmiento*, Buenos Aires, FCE, 1996.
- Brandford Burns, E., y Thomas Skidmore, *Elites, masses, and modernization in Latin America 1850-1930*, Austin y Londres, University of Texas Press, 1979.
- Bunkley, Allison W., *The life of Sarmiento*, Princeton, Princeton University Press, 1952.
- Caballero, R. "Rosas, todo argentino", en *32 escritores con Rosas o contra Rosas*, Buenos Aires, Freeland, 1974, pp. 207-232.
- Chávez, Fermin, *Civilización y barbarie en la cultura argentina*, Buenos Aires, Theoria, 1974.
- Criscenti, Joseph T., comp., *Sarmiento and his Argentina*, Boulder y Londres, Lynne Rienner Publishers, 1993.
- Daliadiras, Héctor D., *Algo más sobre Sarmiento*, Buenos Aires, Nuevo Orden, 1965.
- Fernández Retamar, Roberto, *Algunos usos de civilización y barbarie y otros ensayos*, Buenos Aires, Contrapunto, 1989.
- Fienman, José Pablo, *Filosofía y nación: estudios sobre el pensamiento argentino*, Buenos Aires, Legasa, 1982.
- Fogelquist, James Donald, "Cooper y Sarmiento: el tema de la civilización y la barbarie", *Cuadernos Americanos*, 234 (1981), pp. 95-112.
- Gálvez, Manuel, *Vida de Sarmiento*, 3ª ed., Buenos Aires, Tor, 1957.
- Gwen, Kirkpatrick, y Francine Masiello, comps., *Sarmiento: author of a nation*, Berkeley, University of California Press, 1994.
- Halperín Donghi, Tulio, *Proyecto y construcción de una nación (Argentina 1846-1880)*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1980.
- Jitrik, Noé, "Prólogo" a *Facundo*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977.
- —, *Muerte y resurrección del Facundo*, Buenos Aires, 1968.
- Katra, William, *Domingo Faustino Sarmiento: public writer*, Tempe, Arizona State University, 1985.

- Dower, W., ed., *Origins of the modern Japanese state*, selected writings of E. H. Norman, Nueva York, 1975.
- Fairbank, John K., Edwin Reischauer y Albert Craig, "East Asia: the modern transformation", *A history of East Asian civilization*, Boston, Houghton Mifflin Co., 1965, vol. II.
- Fukuzawa Yukichi, *An encouragement of learning*, trad. David A. Dilworth y Umeyo Hirano, Tokyo, Sophia University Press, 1969.
- , *An outline of the theory of civilization*, trad. David A. Dilworth y Cameron Hurst, Tokyo, Sophia University Press, 1979.
- Hackett, Roger F., "Political modernization and the genre", en Robert Ward, ed., *Political development in Modern Japan*.
- Hall, John Whitney, "A monarch for modern Japan", en Robert Ward, ed., *Political development in modern Japan*.
- Hanes, Jeffrey E., "Contesting centralization, space, time and hegemony in Meiji Japan", in Helen Hardacre, ed., *New directions in the study of Meiji Japan*.
- Hardacre, Helen, ed., *New directions in the study of Meiji Japan*, Nueva York, Colonia, Leiden, Brill, 1997.
- Harootunian, H. D., *Toward restoration*, Berkeley, University of California Press, 1970.
- Hirakawa, Sukehiro, "Japan's turn to the West", trad. Bob Wakabayashi, en Bob Wakabayashi, *Modern Japanese Thought*.
- Ike, Nobutaka, *The beginning of political democracy in Japan*, Baltimore, Johns Hopkins Press, 1950.
- Irokawa, Daikichi, *The culture of Meiji period*, trad. Marius B. Jansen, Princeton, Princeton University Press, 1985.
- Jansen, Marius, ed., *Changing Japanese attitudes toward modernization*, Princeton, Princeton University Press, 1965.
- , "On studying the modernization of Japan", *Asian Cultural Studies*, Tokyo, International Christian University, 3 (1962).
- Kadono, I., "Introduction" a Asataro Miyamori, *A life of Mr. Yukichi Fukuzawa*.
- Kiyooka, Eiichi, *A history of Keio Gijiku through the writings of Fukuzawa*, Tokyo, Hokuseido Press, 1979.
- Koizumi, Shizo, "The teacher of the nation: Fukuzawa Yukichi and Keio University", *Japan Quarterly*, v (4), 1958.
- Kosaka, Masaaki, ed., *Japanese thought in the Meiji Era*, trad. David Abosh, Tokyo, The Tokyo Bunko, 1969.
- Maruyama, Masao, ed., *Thought and behavior in modern Japanese politics*, Nueva York, Ivan Morris, 1963.
- Miyamori, Asataro, *A life of Mr. Yukichi Fukuzawa*, Tokio, Osaka, Maruya and Co., 1902.
- Nagata, Yoichi, y Hillary Conroy, "Varieties of Bunmei Ron", en Hillary Conroy, ed., *Japan in transition: thought and action in the Meiji era*.
- Nitobe, Inazo et al., *Western influences in modern Japan*, Chicago, The University of Chicago Press, 1931.

- Okuma, Shigenobu, *Fifty years of New Japan*, 2^a ed., vol. II, Londres, Smith, Elder and Co., 1910.
- Oxford, Wayne H., *The speeches of Fukuzawa*, a translation and critical study, Tokyo, Hokuseido Press, 1981.
- Passin, Herbert, "Modernization and the Japanese intellectual: some comparative observations" en Marius Jansen, ed., *Changing Japanese attitudes toward modernization*.
- Piovesana, Gino K., S. J., *Contemporary Japanese philosophical thought*, Nueva York, St. John University Press, 1969 (*Asian Philosophical Studies*, 4).
- Pyle, Kenneth B., "Meiji conservatism", en Bob T. Wakabayashi, ed., *Modern Japanese thought*.
- , *The new generation in Meiji Japan: problems of cultural identity*, Stanford, Stanford University Press, 1969.
- Raouf Abbas Hamed, *The Japanese and Egyptian Enlightenment: a comparative study of Fukuzawa Yukichi and Rifaah al-Tahtawi*, Tokyo, Institute for the Study of Languages and Cultures of Asia and Africa, University of Foreign Studies, 1990.
- Smith, Thomas C., "Merit as ideology in the Tokugawa Period", in Dore, ed., *Aspects of social change in modern Japan*.
- Tsuda, Sokichi, "Preface" to Yukichi Fukuzawa, *An outline of the theory of civilization*, 1979.
- Tsurumi Kazuko, *Social change and the individual*, Princeton, Princeton University Press, 1970.
- Vickers, E., "Prologue" a Miyamori, *A life of Mr. Yukichi Fukuzawa*.
- Wakabayashi, Bob Tadashi, ed., *Modern Japanese thought*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998.
- Ward, Robert, ed., *Political development in modern Japan*, Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1967.
- Yamashita, Shigeru, "Herbert Spencer and Meiji Japan", en Hillary Conroy, ed., trad. *Japan in transition: thought and action in the Meiji Era 1868-1912*.